

EDUARDO ODDO

JOSÉ MARÍA GARAT

# ATARSE A LA VIDA



---

---

---

# Prólogo

## 1

Nunca pensé en escribir algo sobre la vida de otra persona. No me sentía capaz de invadir su privacidad, aunque se tratara de un amigo. Una noche en Anduze (Francia) todo cambió y, charlando con mi amigo sobre Yasmina, sin objetivo fijo, pero con gran admiración, me di cuenta de que si no lo hacíamos se perderían una serie de vivencias de una mujer excepcional.

Se trataba de rendirle homenaje a una persona que conocí hace más de cincuenta años y que admiro mucho. No es común que alguien que uno se encuentra a los dieciocho años impresione de tal manera que no se la pueda olvidar medio siglo después.

Lo que tuvimos Yasmina y yo fue desde el primer momento una relación intensa de amistad. Quizás en el inicio el impacto de este encuentro lo viví yo con más intensidad que ella, que era siete años mayor. Luego tuvimos oportunidad de conocernos muy bien y el devenir del tiempo hizo que nuestra amistad perdurara y se intensificara hasta nuestros días. Fue como un sello indeleble que me acompañó como un tatuaje a lo largo de mi vida. El destino quizás quiso que fuéramos compañeros de trabajo en

---

los años 60. Es imposible contabilizar los millones de horas de charlas que hemos mantenido desde entonces. Nos hemos transmitido casi todo sobre nuestras vidas. Las miles de situaciones que me relató, muchas de ellas dramáticas y otras no tanto, se fueron archivando en mi mente y nunca pensé que podría llegar a contarlas, y mucho menos escribirlas. Con cierta frecuencia me sirvieron de ayuda en momentos difíciles durante este montón de años en que compartimos vida intermitentemente.

Bastó que un gran amigo, que la conocía menos, al que le relaté mínimos episodios de la vida de esta mujer, me incitara a escribirlas para que no se perdieran. La idea de realizar este proyecto como homenaje acabó de convencerme, y así fue como, hace casi un año, nos pusimos a escribir «a cuatro manos».

Durante estos meses he tenido que refrescar la memoria intensamente y complementarla con preguntas que le hice a Yasmina con máxima discreción, ya que se trataba de darle una gran sorpresa. Lo cierto es que lo hemos completado con una mezcla de emoción, admiración, y algo de imaginación.

En el momento de escribir este prólogo aún dudamos del impacto que puede tener tanto en sus hijas como y, sobre todo, en ella. Sentimos una especie de vértigo, aunque estamos convencidos de que, si hay una vida que merece ser contada, es la de Yasmina.

Vayan nuestras disculpas por las inexactitudes voluntarias o involuntarias. Siempre estaremos a tiempo para corregirlas.

EDUARDO ODO

---

## 2

Una noche de septiembre de 2018 Eduardo y yo cenábamos al aire libre en una enorme pérgola toldada que ocupaba casi toda la plaza de Anduze. Al encontrarla, la percibimos como un lugar casi mágico. Después de la segunda copa de Beaujolais comenzamos a hablar de la protagonista de esta historia, como lo hacíamos con frecuencia. Eduardo, que la conocía muy bien desde los años 60, comenzó a relatarme pasajes de su vida. Yo me había relacionado con ella mucho menos que él, pero siempre, en los últimos años, Yasmina había despertado en mí gran interés y admiración. Sabía que su vida encerraba un gran caudal de hechos y situaciones absolutamente admirables, a la vez que increíbles. Cuando comenzó nuestro animado diálogo, no me imaginaba hasta qué punto su historia me atraparía durante un año.

Casi sin darme cuenta, le propuse que escribiéramos «a cuatro manos» algunos pasajes de su historia con el único propósito de rendirle un pequeño y merecido homenaje. En aquel momento nos bastaba apuntar con cierto orden los episodios que surgieron en nuestra animadísima conversación del pueblo de Francia cerca de Nimes.

Cuando comenzamos a reunirnos vimos que, entre el gran material en forma de recuerdos de Eduardo, más lo que podría indagar con su casi permanente contacto con Yasmina, podíamos estar en condiciones de configurar una «minibiografía». También yo, a través de buenos amigos comunes, pude ir recabando más eslabones y así el relato se fue transformando en algo más extenso. Ahí surgió la idea de una biografía novelada, aunque esto nos parecía un poco pretencioso.

Ninguno de los dos teníamos experiencia en algo parecido. Sin embargo, decidimos proseguir, fueron pasando las semanas... y nos fuimos animando. Yasmina seguía viva y cumplía ochenta

---

años. Si queríamos que el homenaje lo disfrutara ella, no podíamos demorarnos en corregir estilo ni probables errores. Pedimos perdón por esto. También nos disculpamos por haber incluido algunos pasajes de ficción que nos fueron ayudando para componer el relato.

He aquí nuestro trabajo. Todo comenzó en el otoño de 2018 en aquel viaje que hicimos para ver un maravilloso bosque de bambús. Sinceramente, nosotros hemos disfrutado y nos hemos emocionado más de lo imaginable recopilando este texto. Nuestra máxima aspiración es que a Yasmina le guste y que, aunque la emoción, sea consciente de nuestro reconocimiento por haber sido una persona extraordinaria a la que queremos entrañablemente.

JOSÉ M. GARAT

---

# Capítulo 1

## SALUD

El doctor Federico Llorens, médico sesentón con buena reputación, comenzaba un día difícil. La medicina interna, su especialidad, lo enfrentaba día a día a muy variados casos clínicos. El abanico de sus pacientes representaba un amplio espectro de patologías y de facetas personales.

Aquel día, con bata blanca muy bien planchada, entró en su despacho de la clínica, se sentó y encendió su ordenador. Tecléo su nombre y algo más. Se fueron encendiendo varios monitores verticales en la pared frente a su mesa. Se puso de pie con su postura habitual —no muy erguido— y su cara seria. Se rascó la cabeza casi calva y contempló pensativo las imágenes. Fue mirando una a una todas las pantallas ayudándose en algún momento de una lupa. A la media hora su rostro estaba más serio aún. No traducía tristeza, sino más bien preocupación.

Se volvió hasta su mesa, repleta de papeles, descolgó el teléfono y llamó al doctor Portos, su ayudante más cercano.

A los tres minutos entró al despacho un médico en mangas de camisa, de unos treinta y pico de años y aspecto de burócrata:

---

gafas de pasta, pelo algo revuelto y mangas remangadas. También podía ser un médico que estaba concentrado revisando historias y expedientes de sus pacientes. Y lo era. David Portos había cursado medicina y luego el MIR (Médico Interno Residente) con buen expediente académico. Eligió la medicina interna y se había formado en el servicio del doctor Llorens.

Era un hombre de hábitos más bien sedentarios y muy dedicado a su especialidad. Estaba casado y tenía un hijo de cinco años. Le gustaba mucho leer y escuchar música en sus escasos ratos libres. Esos eran sus únicos *hobbies*. Tenía una vida que podríamos decir corriente y feliz a su manera. Admiraba al doctor Llorens.

—Buenos días, doctor, no le esperaba tan temprano, no son aún las ocho.

—Buenos días, David.

A las nueve solían pasar juntos la visita de planta y a eso de las diez informaban a familiares de ingresados y a algún paciente externo que, con cita, acudía por resultados algo urgentes. Acababan esa rutina entre las doce y las doce y media.

Lo hacían juntos en un pequeño despacho donde solo había cuatro sillas y una minúscula mesa. La habitación era absolutamente austera. Ambos se sentaban y colocaban carpetas encima de la mesa. No había ordenador. Solo una agenda.

—David, ¿recuerda que el jueves le pedimos una tomografía a esa señora sudamericana baja y muy tostada por el sol? Nos contó que no se sentía bien, que había adelgazado cerca de ocho kilos y otras cosas que tengo anotadas en su historia clínica.

—Sí, la recuerdo. A pesar de no estar bien, era simpática y yo hasta diría que estaba alegre. Vino con una de sus hijas y nos confesó que era una fumadora empedernida de toda la vida.

—Pues te vas a sorprender: tiene un tumor canceroso de páncreas. Mira las imágenes. —David, sin decir palabra, entró al des-

---

pacho contiguo y examinó unos diez minutos los ocho monitores con mucha atención.

Su primera reflexión al volver fue:

—No tenía ictericia. Claro, es un tumor de cuerpo y cola de páncreas que no llega a afectar aún las vías biliares.

—Es un caso grave. Tiene muy mal pronóstico. Veo un ganglio aumentado de tamaño.

—¿Has visto el resto de los análisis?

—Sí. Todo concuerda. Tendremos que enviarla urgentemente al Servicio de Oncología.

—¿En qué tratamiento piensa usted?

—Pienso que no es un caso quirúrgico. Ellos tendrían que decidir entre radio y quimioterapia... o la combinación de ambas.

—Creo que la citamos para hoy para informarle. —Mira la agenda y asiente.

—Sí, a las once. A pesar de mis casi cuarenta años de médico, cada vez me cuesta más darles estas noticias a los pacientes.

—A mí también, sin tener la experiencia que tiene usted. Pobre mujer...

Pasaron visita en planta. Tomaron un café descafeinado y acudieron al cubículo «de informar».

El cuarto turno correspondió a la mujer del cáncer: Yasmina Papo. Entró erguida y sonriente. La acompañaba una de sus hijas.

—Buenos días, doctor. Estoy nerviosa por lo que pueda decirme.

—Buenos días —respondieron al unísono, ambos con cara de circunstancias.

—Pues al grano, dijo el mayor. Hemos estado revisando los estudios practicados y no tenemos buenas noticias para darle.

—¿Qué tengo? ¿Me voy a morir?

—Bueno, digamos que tiene algo serio, un tumor en el páncreas. Eso no significa que le estemos diciendo que se va a morir.

---

—¿Cómo es de serio? ¿Qué tratamiento tendría que hacer?

—Eso lo decidirán los médicos que a partir de ahora se ocuparán de usted.

—¿Tendrán que operarme?

—No lo sabemos.

—¿Ese tratamiento tendrá que ser aquí? Como usted sabe, yo soy uruguaya y me gustaría volver a mi país para que me trataran allí, donde tengo tantos amigos.

—No le puedo contestar categóricamente, pero creo que será mejor que se trate aquí. No quiero decir con esto que la medicina en su país no esté bien, pero quizás hay cierta prisa para iniciar el tratamiento.

La mujer no dio muestras de inmutarse. David permanecía callado. Su hija hizo algunas preguntas lógicas.

Hablaron durante más de media hora, a pesar de que había pacientes esperando fuera.

—Pues muy bien. Ahora llamo a tu hermana, que se busque canguro para que esta noche cenemos juntas y festejemos..., porque aún estoy viva y viviré para contarlo —le dijo a su hija. El doctor Llorens y, sobre todo, David estaban asombrados de la reacción de la paciente. Se miraron sin decir nada. Ella rompió el silencio—. Beatriz, ahora tú y yo nos vamos a tomar unos vinos... para ir preparándonos.

Se despidió con una sonrisa y casi sin hacer más preguntas salieron por la puerta de la consulta.

La cara de David era de lo más llamativo. Sus ojos, detrás de las gafas, permanecían abiertos exageradamente y mantenía fija su mirada sin hacer ningún gesto. El doctor Llorens también permaneció en silencio cinco minutos con sus manos apoyadas sobre las carpetas. En cambio, su rostro había cambiado.

David comenzaba a intuir que aquella mujer, por su reacción, nunca vivida por él, podía cambiarle en algo su vida.

---

El doctor Llorens fue el primero en hablar.

—Magnífica reacción; ojalá todos los pacientes tomasen con ese aplomo, y casi alegría, una terrible noticia. Espero que luego siga las indicaciones médicas, aunque haya poco que hacer.

David, saliendo de su estupefacción, articuló las primeras palabras.

—Es la primera vez que veo una reacción así. Creo que estamos ante una mujer extraordinaria. ¿Usted recuerda algún otro caso?

—Uno nunca sabe cómo van a reaccionar los pacientes...

—Esa mujer se sale de todos los esquemas. Actúa como si quisiera atarse a la vida. Espero que continúe así hasta el final. Intuyo que seguirá sorprendiéndonos.

—Tendremos que hablar con los oncólogos.

David se adelantó.

—Ya me ocuparé yo. Se me ha despertado un gran interés en seguir los pasos de esta mujer... y de indagar más sobre su vida, que quizás nos explique esta actitud.

David no sabía aún que este episodio podía cambiarle un poco la vida. «He de volver a hablar con ella. No, mejor será que me dirija a su hija. No quiero despertar dudas con mi interés», pensó.

Aquella tarde fue para Yasmína y sus hijas un revuelo de emociones. A pesar de todo, la cena fue de lo más alegre. Yasmína, con sus setenta y siete años, había cosechado gran cantidad de amigos en su azarosa vida. Todos estaban mucho más preocupados que ella con el diagnóstico de su enfermedad. Tenía dos hijas que la apoyaron desde el primer momento.

David se había propuesto averiguar todo lo que pudiera sobre la vida de esa misteriosa mujer. Al principio dudó mucho cómo hacerlo. Nunca le había gustado entrometerse en la vida de sus pacientes. Pero este caso lo había movido lo suficiente como para decidirse a intentar hablar con sus hijas. Quizás ellas, aparte de

---

sus relatos, podrían ponerlo en contacto con otras personas que conocieran otros aspectos de su historia.

Lo cierto es que a David aquella mujer lo había impresionado. Debía ir con mucho tacto.

Pasó más de año y medio. La vida de todos cambió, como intuían. David salió de su rutina de buen médico internista y dedicó mucho tiempo a hablar con Beatriz y con Noelia. También encontró a varias personas que aportaron datos que las hijas no conocían. Evitó tener que entrevistarse con Yasmina y trató de que los encuentros fuesen siempre en su ausencia.

Por cierto, que la vida de David cambió tanto que su familia comenzó a recriminarle cuánto tiempo y energías le dedicaba a un tema que le era ajeno. Él trataba de justificarse sin saber explicarlo bien. En el fondo, comenzaba a sentir esta historia como propia en la medida en que iba recopilando información.

Yasmina acudió a la primera visita con los oncólogos, que, como era de esperar, no le pintaron un panorama muy alentador. Le indicaron radioterapia durante un mes y medio. El efecto sobre su físico fue tremendo, devastador. Su estado anímico permanecía intacto. Se sucedieron nuevas evaluaciones. Se habló de una moderada reducción del tumor. No quedó muy claro. Se siguieron innumerables sesiones de quimioterapia: náuseas, trastornos digestivos, más adelgazamiento, gran malestar general, caída del pelo y un sinfín de efectos secundarios.

Con su peluca y su actitud ultrapositiva siguió adelante tratando de infundir ánimo a los demás; como queriendo demostrar que asumía la realidad, pero que no tenía miedo a la muerte, decidió despedirse a su manera de sus afectos.

Comenzó con los más lejanos. Emprendió viajes transoceánicos, sorprendiendo a sus amigos con su positivismo. Llegó a «despedirse» de amigos que fallecieron mientras ella seguía viviendo, tratando de rescatar los mejores momentos de las personas queridas.

---

Cotidianamente, su vida era la de una abnegada abuela y cuidadora de cuatro nietos. Cuando comenzaba a sentirse mal y aún no le tocaba volver al hospital, acudía sin cita y demandaba una nueva sesión de quimioterapia, sin quejarse nunca del dolor. Estaba convencida de sus efectos beneficiosos, a pesar de lo mal que lo pasaba en los días posteriores. Los que la rodeaban comenzaron, algo en broma, pero bastante en serio, a comentar que estaba adquiriendo una «adicción» a la quimioterapia, como si se tratara de una droga cualquiera. Su familia y sus amigos trataron de protegerla, pero ella, con muchísimo afecto, les hizo ver que solo necesitaba cercanía y cariño. Nada de compasión, dando muestras de gran dignidad.

Las cenas se hicieron frecuentes, las reuniones, los viajes y, sobre todo, largas tertulias, como si nada le ocurriera.

Así fueron pasando los meses ante el asombro, la incredulidad y la alegría de su entorno afectivo. Todos se fueron acostumbrando a esta naturalidad.

La «enferma» fumaba como lo había hecho siempre, bebía vino y hacía planes de futuro. Todo iba en contra de los pronósticos. Solo la intermitente visita de David marcaba una diferencia con la vida anterior de su familia. Poco a poco, a espaldas de Yasmina, iba construyendo una historia que le atraía cada vez más. También esto él se lo planteaba como una adicción.

Varios amigos vinieron a Barcelona desde diversos lugares de España y el extranjero. Venían de visita, pero en realidad la intención era despedirse. Lo confesaban, por supuesto, sin que ella se enterara. Llegaban preocupados y con tristeza. Se marchaban felices, alegres y desconcertados.

A Yasmina le gustaba intervenir en todas las conversaciones, generalmente con mucho entusiasmo y acierto. Cuando se juntaban en una comida, ella nunca cocinaba ni opinaba sobre la elaboración de los platos. Siempre fue la primera en levantarse discretamente, dirigirse a la cocina y lavar todo pretendiendo

---

y logrando ser la única en poner todo en orden después de la comida. Lo hacía con tanta eficacia y sigilo que en minutos estaba sentada en la mesa de tertulia. Los temas políticos eran sus preferidos, demostrando amplios conocimientos tanto del pasado como de la actualidad. Siempre se las ingenió para estar al día en todos los temas.

Lo cierto es que en estos últimos tiempos Yasmina fue dando una discreta lección de valentía. Como ya se comentó sobre su «adicción», cuando empezaba a sentirse mal acudía por cuenta propia a los oncólogos demandando quimioterapia. No siempre estaba indicada, y en muchos casos, contraindicada. Eso la ponía muy nerviosa, pero no se quejaba y aceptaba sin protestar la indicación médica.

A David no le costó mucho entrar en contacto con Beatriz, la hija mayor. Esta al principio se mostró muy sorprendida. Fueron necesarias varias entrevistas para lograr que confiara en él. Evidentemente, sus intenciones eran saber más de la madre... y a la vez ayudar. David estaba sorprendido de la reacción de Yasmina y seguía al detalle su evolución clínica.

—Mire que no sé muchas cosas del pasado de mi madre, sobre todo que a usted le puedan interesar.

—No importa, ya iremos armando este rompecabezas. Creo que tú me puedes ayudar mucho más de lo que supones.

—Quizás usted pueda preguntárselo a ella misma. Nadie mejor para hablar de su vida. Tiene una gran memoria.

—He estado pensando mucho sobre eso. Fueron unas cuantas horas de reflexión.

—¿Y a qué conclusión llegó?

—No deberíamos hacer nada que pueda intranquilizarla. Si yo comenzara a interrogarla, debería responderle de inmediato con qué fin lo hago..., y la verdad es que no lo sé. Por simple interés.

---

Nunca me había pasado. Ella inmediatamente podría imaginarse que yo quería saber cosas porque su final estaba cercano.

—¿No se estará metiendo en un lío?

—El lío lo tengo en mi cabeza. No quiero perjudicar ni molestar a nadie, y menos a una familia como la de ustedes, que me ha despertado mucha simpatía.

Pasaron los días y se sucedieron los encuentros. Comenzaron a aparecer en escena muchas historias e infinidad de personajes. Al cabo de unos días se hizo evidente que participaban las dos hijas y que esta reconstrucción comenzaba a hacerlas sentir mejor. También, disimuladamente, le preguntaban datos a su madre, pero en ningún momento ella sospechó nada de esta trama.

Un día Beatriz preguntó a David si podía consultar a un gran amigo que recientemente había tenido una larga conversación con la madre, ambos se profesaban un gran cariño. «Sé que son amigos desde los años 60, en Uruguay».

La participación de Óscar fue fundamental para clarificar muchas cosas y aportar historias nuevas. Otras permanecieron y permanecerán en la nebulosa.

Lo primero que preguntó Óscar a David fue si iba a escribir la historia o algo así.

—Estoy muy confundido. Me interesa cada vez más, me atrapa, pero no sé qué hacer con toda esta información. Me encantaría ayudar a esta familia, además de conocer a fondo la historia personal de esta mujer. Por ahora, con eso me basta.